

Mirar más allá del horizonte

por Daniel Gianelli

En un país que en las últimas décadas se caracterizó por cultivar un bajo perfil, cuya consecuencia ha sido el emparejamiento de méritos y esfuerzos individuales, una actitud propia de sociedades que tienden a la igualación de virtudes y a evitar destacados personales, la graduación de las nuevas generaciones de universitarios pasó de ser un acontecimiento digno de destaque y reconocimiento, a un hecho socialmente poco relevante. Un episodio que apenas si implicaba para el interesado y sus familiares directos poco más que el fin de una etapa de la vida y el inicio de otra diferente.

Así, todo reconocimiento o premiación de méritos académicos fue convirtiéndose progresivamente en algo soso, sin mayor destaque para nadie. La alegría y la celebración por la obtención del título de grado fueron quedando constreñidas a reducidos ámbitos domésticos y de amistades más directas.

Superada por la expansión de la matrícula y ganada por ciertas concepciones socialistas, la Universidad de la República hace décadas que dejó de distinguir y premiar los mejores desempeños estudiantiles al momento de la graduación. La entrega del título, demorada con frecuencia varios meses, termina siendo para el interesado un trámite burocrático más.

El advenimiento de instituciones universitarias privadas, guiadas por concepciones más abiertas y una relación menos impersonal con sus alumnos, ha permitido rescatar y restablecer la jerarquía de la ceremonia de graduación, tan característica en las universidades más prestigiosas del mundo.

Acontecimiento por lo general alegre y multicolor, en el que los estudiantes ven consagrar y reconocer su esfuerzo, rodeados de profesores, condiscípulos y seres queridos que les acompañan en una instancia particularmente feliz que seguramente no olvidarán por el resto de sus vidas. Ceremonia en la que las autoridades universitarias despiden con reconocimiento a quienes obtuvieron por mérito propio el título de grado, y suelen advertirles sobre los nuevos desafíos y responsabilidades que afrontarán en más tanto como profesionales como ciudadanos.

Así acaba de hacerlo nuevamente el rector de la Universidad ORT, Jorge Grünberg, el martes 1º en el Teatro Solís.

Como lo ha hecho en anteriores ocasiones, Grünberg llamó a los flamantes graduados a fijarse metas ambiciosas en la vida y a ser exigentes consigo mismos para poder ser a la vez exigentes con los demás. Les invitó a mirar "más allá del horizonte" y a empujar "las fronteras de la imaginación".

Les reclamó además, ejercer sus

profesiones "guiados por la brújula de la ética y la integridad personal"; asumir "una conducta guiada por valores de honestidad y no sólo apego formal a las reglas"; y comprometerse "con el bien común" porque "el éxito personal no puede ser la única medida del éxito de nuestro proyecto de vida". Y les destacó: "Nuestra contribución a los demás, a nuestra nación, a nuestra sociedad, son la real medida de nuestro valor como personas. Ayuden en especial a reconfigurar nuestra sociedad para brindarles oportunidades efectivas a todos los uruguayos de acceder a la educación superior, porque en la sociedad del conocimiento valemos por lo que sabemos, no por lo que tenemos".

"Cada uruguayo excluido", prosiguió, "nos aleja de una sociedad ética y segura. Cada uruguayo excluido nos aleja de un desarrollo humano sostenible", para destacar luego que "en una sociedad ética y equitativa cada uno tiene que hacer su parte".

Formuló asimismo, un mensaje esperanzador sobre el futuro del país: "No se resignen a lo que hoy nuestro país les ofrece, porque Uruguay no es lo que vemos hoy, es lo que todos podemos hacer de él en el futuro".

Una invocación que tiene poco de retórica en un país que ha visto crecer la emigración de miles de jóvenes compatriotas con niveles educativos por sobre el promedio nacional quienes procuran construir su futuro en otras naciones, buscando oportunidades laborales y una situación de prosperidad que no visualizan en su país.

En su discurso, el rector de la ORT formuló también algunas reflexiones no menos interesantes ni apropiadas sobre nuestro país. Convocó a los jóvenes a promover una revolución cultural que debe conquistarse a través de "dar poder al ciudadano, al individuo, al emprendedor". Consideró que ello resulta necesario para "superar los bloqueos de las corporaciones" y asumir "una actitud más abierta al mundo, más permeable al cambio, más dispuesta al emprendimiento y a aceptar la diversidad cultural".

A vía de ejemplo, Grünberg aludió a los límites del Plan Ceibal del actual gobierno que entregó a cada escolar del sistema público una pequeña computadora como instrumento que les abre una ventana al mundo y al futuro. Identificó esos límites como "el escaso acceso a Internet y la insuficiente flexibilidad en la práctica y gestión pedagógica" en las escuelas. Limitaciones que, denunció, vienen impuestas por "poderosas corporaciones" sindicales. Tras lo cual preguntó: "¿Quién representa a los 300.000 uruguayos de la nueva generación que se están formando? ¿Quién va a exigir en su nombre que la inversión realizada no se frustre porque hay muchos otros

que quieren vivir en el siglo pasado porque se benefician de ese orden establecido?".

Sostuvo que el país tiene "importantes asignaturas pendientes" que tendrá que enfrentar cuanto antes, la más importante de las cuales es "cerrar la brecha educativa". "Sólo un tercio de los uruguayos termina Secundaria y apenas por arriba del diez por ciento tienen educación universitaria", datos de la realidad en base a los cuales opinó que "con ese stock de capital humano" los uruguayos "no vamos a poder dar ningún gran salto".

Por ello, estimó, "reformular nuestro sistema educativo" va a ser, como lo destacara en una reciente reunión de la Unesco el ministro de Educación de Suecia, "difícil, como reformar cementerios, (porque) no se puede contar con mucha ayuda de los que están adentro". Una clara alusión al peso de corporaciones sindicales que defienden el statu quo y sus cuotas de poder al privilegiar sus intereses particulares.

Si esto ha sido así en el pasado reciente, cuánto más lo será en el futuro como consecuencia del mayor poder que pasarán a tener las corporaciones sindicales al entrar en vigencia en los próximos meses la nueva ley de educación.

El rector de la ORT también se refirió a la responsabilidad de su institución y de su cuerpo docente en el proceso de formación de sus alumnos, una reflexión que debería valorarse más allá de dicha institución académica e incluso del ámbito educativo, para ser apreciada desde una perspectiva de la relación liderazgo político-ciudadano.

Los educadores, dijo, "tenemos un gran poder, capaz de impulsar o de frustrar los sueños de una persona o de hacerle desperdiciar improductivamente su tiempo, un tiempo que nadie le puede devolver. Peor aún los educadores podemos confundir o distorsionar valores esenciales a la formación de ciudadanos y de profesionales. Por eso las instituciones educativas debemos ejercer ese gran poder con una moralidad que lo limite. No debemos confundir la enseñanza con una oportunidad de difundir nuestras propias convicciones, sean cuales sean". Recordó que Platón alertaba de estos riesgos cuando en uno de sus diálogos Sócrates advertía a uno de sus discípulos: "Vas a entregar tu alma al cuidado de un hombre a quien no conoces y no tienes idea si será una influencia para el bien o para el mal".

Una ceremonia de graduación es, a la vez que un reconocimiento de méritos académicos y un momento de felicidad y alegría, una instancia también para reflexionar sobre valores que contribuyan a la construcción de una sociedad más libre y más justa.